

SEPARATA DEL LIBRO "POLENTA" de Mauricio Belmonte Pijoán



Walter y Teresa, dos de los hijos de Mario. Archivo: Mario Nosiglia, 2011.



Archivo: Mario Nosiglia, 2011.



Una imagen de la fábrica de sombreros. Archivo: Mario Nosiglia, 2011.

LAS REMEMBRANZAS DE MARIO NOSIGLIA

Gino Forgnone se hallaba de regreso en su natal Biella para saludar a sus familiares y a los amigos más cercanos. Forgnone aprovechó la visita al pueblo para tomarse un descanso, en esos días había cerrado un negocio importante comprando maquinaria para equipar la fábrica de tejidos que él administraba en Bolivia. Buscando a la gente que extrañaba, el empresario de los textiles dio con los pasos de un viejo y entrañable amigo: Walter Nosiglia. Gino y Walter conversaron de los tiempos idos y de aquellos que se aproximaban, de las personas que ambos conocían y de las que ya no veían. También se interesaron por las actividades que cada uno ejecutaba. Forgnone no perdió la oportunidad para narrar a Walter la experiencia que había vivido en Sudamérica y el alentador presente que su existencia estaba experimentando en esas distantes tierras. Repentinamente, la charla de los viejos amigos se orientó hacia las labores que realizaba Mario, el hijo de Nosiglia. Forgnone demostró especial interés cuando Walter le comentó los progresos académicos de Mario en la *Università del Lavoro, Capelli e Tessutti* en Turín. El visitante no quiso saber más y se puso en campaña para convencer a Walter y Mario del magnífico porvenir que le esperaba a este último en Bolivia. Al principio, Mario no encontraba atractiva esta idea; en Italia tenía todo lo que un joven de su edad deseaba. Su familia le proveía de dinero y en la universidad estaba venciendo sin mayores dificultades los distintos programas de estudio, además disfrutaba de la compañía de sus amigos.

Al final, Forgnone salió airoso convenciendo a los Nosiglia para que Mario se embarque hacia América. El joven piomontés salió del puerto de Génova rumbo a Buenos Aires en 1950, a bordo del vapor "Argentina" que demoró veinticuatro días cruzando el océano. En Buenos Aires no tuvo tiempo para detenerse a observar los atractivos que ofrecía la gran metrópolis argentina, ni bien llegó, tuvo que partir en un tren con destino a la ciudad de Sucre. En la capital de Bolivia lo esperaba un funcionario de la fábrica de sombreros Charcas & Glorieta.

Al principio Mario se sintió desilusionado por la apariencia provinciana de la ciudad. No conocía a nadie y el solo hecho de pensar en que recién había llegado lo tenía a mal traer. La fábrica no presentaba un buen aspecto y los obreros, casi todos indígenas taciturnos que apenas musitaban el castellano, trabajaban desmotivados y sin mucho orden. Mario se reprochaba por haber escuchado sin discutir las ofertas y promesas que le hizo Forgnone en Italia. Así, sintiéndose desterrado y sin buen ánimo, acompañó al funcionario de la fábrica para firmar un contrato que lo ligaba por tres meses a la empresa. Los días comenzaron a transcurrir sin mucha prisa y el joven hijo de Nosiglia empezó a cambiar de ánimos. Encontraba más llevadera su situación y veía en la

aparición de la gente que frecuentaba jovialidad y predisposición para confraternizar. En la fábrica impulsó dinamismo y pronto vio como los obreros reconocían en él a un auténtico organizador de las faenas. El buen trato dispensado a los trabajadores facilitó aún más las cosas. El repentino cambio en el desenvolvimiento de los obreros permitió que la producción de sombreros mejorase con notoriedad satisfaciendo las exigencias de la clientela. Al mando de Mario, los obreros, que eran ochenta, producían mensualmente 7 mil sombreros. En definitiva la Charcas & Glorieta se constituyó en un referente que debían considerar las grandes industrias nacionales de prendas de vestir.

Mario adquirió el gusto por el trabajo sincronizado traspasándolo a la gente que tenía bajo su responsabilidad. Hábil para negociar con los sindicatos de obreros, pudo mantener la cordialidad y el respeto al interior de la empresa. De esta forma logró duplicar la producción de prendas. Los propietarios quedaron más que complacidos con el rendimiento que experimentaba la fábrica. Se organizaron reuniones y se llegó a la conclusión que era imperioso renovar la maquinaria. Para ello, uno de los máximos ejecutivos de Charcas & Glorieta debía trasladarse hasta Italia a fin de conseguir los equipos sugeridos por Mario. A pesar del entusiasmo y las buenas intenciones, esta tarea no se pudo realizar porque el ejecutivo falleció en un accidente antes de realizar el negocio.

Más allá del trágico suceso que además imposibilitó los planes de modernización de la maquinaria, Nosiglia continuó con sus labores al frente de la fábrica. Para ese entonces la producción de sombreros se incrementó considerablemente llegando a las 20 mil unidades por mes. La mercadería se exportaba a los principales mercados sudamericanos destacándose el interés de países como Brasil, Argentina, Chile y Perú. A la hora de elaborar las finas prendas, Mario prefería utilizar tejidos naturales provenientes de la lana antes que usar material sintético. Por esta razón se granjeó la simpatía y aprecio de distinguidas personalidades del mundo político y cultural. Muchos sabían que el presidente Paz Estenssoro encargaba con cierta frecuencia a Nosiglia la confección de finos sombreros de piel de conejo. El italiano, conocedor de los gustos exigentes del mandatario boliviano, elaboraba las prendas con sumo cuidado para satisfacer los caprichos de su cliente. El emprendedor piamontés trabajó dentro de Charcas & Glorieta por quince largos años. Finalmente, Mario Nosiglia decide retirarse de la empresa al tiempo que la familia Forno, propietaria mayoritaria de las acciones en la fábrica, opta por su venta. Aunque Mario había conquistado estabilidad económica y casi todos en Sucre lo reconocían como un honrado trabajador, no quiso quedarse de brazos cruzados y pronto estaba vinculado con un nuevo proyecto. A partir de ese momento tuvo la responsabilidad de crear y prestar asesoramiento en dos fábricas de sombreros: "La Sucre" y "Chuquisaca".

Escabeche de dorado

En Italia Mario tenía como afición predilecta ir a los lagos a pescar truchas. Esto lo complacía bastante, incluso más que las largas caminatas realizadas con sus amigos al Monte Bianco. Por su lado, en Sucre se divertía pescando dorados en los ríos para después regresar a casa con lo obtenido en la jornada y prepararse un buen escabeche de pescado. Atrás habían quedado, rezagados, los días en que anhelaba dejar Chuquisaca, ahora contemplaba a esta región con cariño y muchas veces se lo escuchó decir que ésta era su verdadera casa. Al final de su vida, en La Paz, sentía nostalgia por regresar a la capital boliviana. Añoraba esa tierra calma donde había conquistado amigos, fortuna y, sobretodo, había dejado descendencia.

En el invierno de 2011, el corazón de Mario dejó de latir¹, dejando en sus hijos y nietos el recuerdo imperecedero de un hombre que emprendió diversas luchas y ganó casi todas ellas.

¹ Durante la realización de la presente entrevista (20 de julio de 2011), Mario Nosiglia sugirió al autor de este texto redactar los acontecimientos personales donde no intervino directamente su familia. Con el propósito de dar cumplimiento a la palabra empeñada, se respetó la decisión asumida por el señor Nosiglia.